

ETNIAS Y NACION EN JORGE BASADRE*

Augusto Ruiz Zevallos

Como resultado de una reflexión cuyo inicio se podría fechar en 1958, Jorge Basadre formuló, veinte años después, el conjunto de planteamientos más lúcido que se halla escrito por entonces con relación a la cuestión étnica en el país. Fue una propuesta temprana para una época en que el tema de la diversidad étnica y cultural y el estallido de los nacionalismos no eran centrales, y aunque no están ausentes las limitaciones, su planteamiento puede decirnos mucho y ayudarnos a comprender la especificidad peruana en un mundo que ha ingresado en una fase en que la cultura y las identidades culturales están configurando las pautas de cohesión, desintegración y conflicto. En este ensayo presentamos la evolución del pensamiento de Basadre con relación a la cuestión étnica y, finalmente, dilucidamos la vigencia de sus planteamientos en el Perú de nuestros días en que buscamos la integración bajo un nuevos conceptos de nación.

Inicialmente Jorge Basadre quiso resaltar los factores de cohesión en la sociedad peruana y por ello llegó al extremo de minimizar las tendencias a la disgregación, como se aprecia en la primera edición de *Perú, problema y posibilidad* (1931), donde la historia de nuestro país aparece como un largo proceso de acercamiento de sus integrantes, en el cual las formaciones estatales y el peligro extranjero fueron factores clave, no obstante insuficientes, para la construcción de la nación. Por esta razón, al igual que Haya de la Torre, Sánchez, Castro Pozo, Porras Barrenechea, Encinas, Belaunde y Uriel García, Jorge Basadre asumió la defensa del mestizo como un actor decisivo de la trama histórica peruana y de sus posibilidades. Distante de las sentencias de los indigenistas (en especial de Mariátegui y Valcárcel), que sindicaban al mestizo como un producto mórbido, de orígenes oscuros, de contribución nula

* Tomado de: O'phelan Godoy Scarlet y Mónica Ricketts Sánchez Moreno, *Homenaje a Jorge Basadre. El hombre y su tiempo*, Lima: Instituto Riva Agüero, ICPNA, Universidad del Pacífico, 2004.

y que era portador de una cultura condenada a la esterilidad, Basadre prefirió verlo como un factor importante en la construcción de la nación.

Pero su apología del mestizo no lo lleva a proponer la fusión de razas como inevitable vía para lograr la integración: “Lima con sus negros, zambos, chinos y blancos, con sus zonas tan disímiles –el Cercado, Malambo, Hoyos y las nuevas Avenidas– sería la ciudad representativa si tuviese un porcentaje de indígenas”, afirma en 1931, en una suerte de visión en germen del Perú como una sociedad multicultural. Sin embargo, Basadre no profundizó en el tema y en este sentido sus posturas a favor del mestizaje no son más lúcidas que las de sus contemporáneos defensores del mestizaje. Al mismo tiempo, con relación al problema indígena, podríamos decir que allí donde Válcárcel y Mariátegui acertaron, Basadre falló por omisión. Más allá de algunas frases alusivas, los indios –o mejor dicho los aymaras, quechuas y aborígenes del amazonas– están virtualmente ausentes de su narrativa¹.

Posteriormente, en 1958, trató de subsanar su error juvenil a través de un discurso que ofreció al inaugurar la Exposición de la Biblioteca Quechua-Aymara de Paul Rivet en la Biblioteca Nacional²; luego en *La promesa de la vida peruana* (1959), *Perú vivo* (1966) y en la sexta edición de *Historia de la República* (1968/69). En esos textos va formalizando una propuesta de articulación de las diferencias étnicas existentes en nuestro país. Esta llegará con más claridad con la segunda edición de *Perú, problema y posibilidad* (1978).

¹ Las referencias al “problema indígena”, como se le llamaba entonces, son casi inexistentes en este importante ensayo sobre la sociedad peruana y mínimas en *La multitud, la ciudad y el campo*, escrito en 1928. Luego, en 1937, en un momento en que la glorificación al Tawantinsuyu era la norma, Basadre fue muy crítico de los incas. Ver su *Historia del Derecho peruano*, Lima, Edigraf, 1937. Dos años después reitera los juicios del carácter excluyente de la sociedad incaica en su artículo: “En torno a la literatura quechua”, *Sphinx* (Lima, 1939), III/4-5: 7-37. El mismo Basadre confiesa en las “Reconsideraciones” haber subestimado el factor indígena y que un radical cambio de actitud con respecto a este tema vendría solo a partir de 1959.

² Ver “Valor cultural y educativo de los idiomas indígenas” en Jorge Basadre, *Apertura. Textos sobre temas de historia, educación, cultura y política, escritos entre 1924 y 1977*. Lima: Taller, 1978, pp. 335-346. El texto fue publicado por primera vez en *Materiales para una nueva morada*, Buenos aires: La Universidad, 1960.

En su discurso de 1958, Basadre precisó que si bien el indio no es el único personaje en significación e importancia, merece relevancia en tanto sujeto cultural, y ello se desprendía del hecho que una buena parte de la población ha conservado su habla vernacular. Por ello, si bien el castellano debe mantener su papel de nexo entre los peruanos –pues nos permitía estar en contacto con los adelantos de la ciencia, además de otras razones–, eso no implicaba que el quechua, el aymara y las lenguas amazónicas debieran estar ausentes en las estrategias para elevar el nivel de vida, mantener la personalidad colectiva, educar en el cuidado de la salud, fomentar las actividades agropecuarias, fortalecer la conciencia cívica y favorecer la auténtica participación en el quehacer común nacional; pues, el desarrollo de los medios audiovisuales, en especial de la radio y el cine, daban a estas lenguas una posibilidad de aplicación que por escrito nunca podían tener.

Su propuesta de política apuntaba a seguir construyendo el Perú “lejos de separatismos suicidas, más unido, más coherente, con el debido respeto a sus distintos grupos históricos y a la altura de los tiempos que vivimos y de los que vendrán”³. Ahora Basadre buscaba la integración nacional pero con un modelo que respetara las diferencias étnicas, sin deslizarse por lo que Todorov, mucho después, llamó “la política de la identidad excesiva”. Entre otras razones porque Basadre estaba convencido de que las impurezas étnicas eran una realidad que en el caso del Perú estuvo muy acentuada desde la Colonia. Tomó en cuenta estas impurezas tal vez desde 1973, cuando en el diálogo con el historiador Pablo Macera precisó que no “hay la homogeneidad suficiente entre los grupos étnicos dispares que existen en el Perú”. Allí, mientras Macera insiste –aunque con dudas- en la tesis de las “varias naciones”, Basadre precisa que “no hay una conciencia histórica quechua o aymara como sí hay una conciencia histórica húngara o austriaca”⁴. Para Basadre las etnias

³ Ver “algunas reconsideraciones cuarenta y siete años después”, en Jorge Basadre, *Perú, prole y posibilidad*, 5ta ed. Lima: Studium, 1987, p. 329. Esta idea, aquí expresada de un modo diferente, se encuentra también en “Valor cultural y educativo de los idiomas indígenas”, p.396.

⁴ Jorge Basadre y Pablo Macera, *Conversaciones*, Lima: Mosca Azul, 1974, pp. 147-148.

peruanas no se *imaginan* como nación, a diferencia de las etnias centroeuropeas⁵.

En “algunas reconsideraciones” (1978) a *Perú, problema y posibilidad* (1978) trae a colación el caso de los vascos, bretones, corsos y flamencos, grupos étnicos que son “naciones interdictas” deseosas de formar Estados propios, para precisar que, a diferencia de ellos, los quechuas y aymaras están distribuidos en el sur, centro y norte, muchas veces en convivencia más o menos parcial con otras gentes y no forman unidades vigorosas y agresivas.

Basadre, como vemos, se adelantó a su tiempo y en este sentido nos ayuda a entender al Perú en una época en que la globalización ha producido un debilitamiento del Estado nación y una radicalidad de los nacionalismos en Estados con brechas étnicas y culturales.

Salvo los Estados-nación basados en una sola etnia, como Portugal y Finlandia, en la mayoría de países los conflictos étnicos han pasado a ocupar los primeros planos de la agenda política⁶. Países compuestos por muchas etnias con idea de nación estallaron como granadas –el caso de la Unión Soviética y Yugoslavia– o mantienen una unidad teñida con sangre: vascos, bretones, corsos y flamencos continúan produciendo movimientos políticos separatistas en España, Francia y Bélgica, en algunos casos con demasiada violencia. La Rusia actual afronta el conflicto con los chechenos, China con los islámicos de Xianjiang y la India con los habitantes de Cachemira. Tucsis y Hutus desangraron Ruanda y, como ellos, facciones étnicas revestidas de mantos religiosos buscan formar Estados propios en África, Asia y Oceanía. Los musulmanes de la etnia de Aceh quieren independizarse de Indonesia. En México la guerrilla zapatista se apoya en la etnia chiapaneca cuyas

⁵ Una comprensión del fenómeno del nacionalismo similar en ciertos aspectos a la de nuestro autor se puede observar en Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993. Pablo Macera ha vuelto a insistir en la existencia de varias naciones y en la necesidad de un Estado multinacional. Ver la entrevista que le hace Víctor Carranza en *Kashkamiraqmi*

⁶ Hill Kymlicka, “Estados multiculturales y ciudadanos interculturales”, ponencia presentada al V Congreso de Educación Intercultural Bilingüe. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, agosto del 2002. Ver también Samuel Huntington, *El choque de las civilizaciones*. Barcelona: Piados Ibérica, 1997.

manifestaciones culturales realzan el legado maya para enfrentarlo al occidental.

No es el caso del Perú. Tampoco lo es de América Latina en su conjunto. Pero si tomamos en cuenta que en el Perú, las grietas económicas, culturales y sociales son mayores que las de países como Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, Costa Rica y otros donde, además, el porcentaje de la población indígena ha sido inferior, no queda sino preguntarnos por las razones específicas que hacen que el nuestro no sólo sea “el país más diverso” sino también el más unido –en el sentido que no ofrece tendencias visibles a la desintegración– entre los países del mundo con tan grandes problemas.

Sin duda, encontramos una de las respuestas en los argumentos de Basadre respecto a que, a diferencia de los casos europeos, en el Perú las identidades étnicas no siempre se corresponden con las identidades territoriales. En segundo lugar, a la importancia del mestizaje racial y, sobre todo, cultural, lo cual lleva a la convivencia con otros grupos o, como diríamos hoy, al ir y venir traspasando las fronteras étnicas, diseñando espacios *in between* y, por ello mismo, a que no se formen unidades monolíticas que son la desdichada condición para que florezcan los discursos étnicos excluyentes y nacionalistas⁷.

Basadre nos dejó una propuesta marco para seguir trabajando a la altura de los tiempos que vivimos. Quizás porque su motivación inicial fue la integración de los peruanos y porque acertó desde temprano en una visión integradora del mestizaje, Basadre mantiene vigencia para quienes vemos importante que el tema de la Nación vuelva al primer plano. Nuestro gran historiador no creía en las síntesis racial y cultural, no vislumbraba una sociedad homogénea, pero tampoco planteaba abandonar el tema en aras de los particularismos, pues las tendencias a la desintegración no son tan acentuadas como en otras latitudes: “luchemos con todas nuestras fuerzas

⁷ Lo último no debe hacernos perder de vista que la desintegración nacional es siempre una posibilidad latente. Pero sus promotores tendrían que apelar a los regionalismos económicos, antes que al discurso étnico.

contra el colonialismo interno [...pero...] no fomentemos los micronacionalismos”⁸.

Es verdad que nunca tuvo una frase feliz con la cual resumir su propuesta, al estilo de “todas las sangres”, de José María Arguedas, pero se podría decir que conceptualmente Basadre le antecedió. Como se recordará, en sus escritos antropológicos de 1951 hasta al menos 1964, Arguedas vio la cultura indígena como un obstáculo para el desarrollo nacional. Y lamentó que el mestizaje no hubiera avanzado como en México, donde el indio “es ya una figura pequeña y pronto se habrá confundido con la gran nacionalidad”⁹. Basadre, en 1958, llegó mucho más lejos: no solo respeta la diversidad, sino que logra formalizar una propuesta de unidad de los distintos grupos históricos del Perú. La diversidad de Basadre va más allá de los rótulos de indios, blancos y mestizos, pues se refiere con frecuencia a los aymaras y los quechuas como grupos históricos específicos. Con ello abrió camino para entender las múltiples identidades, sin enfrascarse en las concepciones abstractas y universalistas que se esconden en las expresiones “indios” y “hombre andino”.

Sin embargo, a fin de idealizar sus aportes conviene tener en cuenta lo siguiente. En nuestra época se discuten los alcances del multiculturalismo y se afirman los postulados relacionados con la interculturalidad. El primer remite a la convivencia respetuosa en un mismo espacio de personas identificadas con culturas distintas. La interculturalidad, en cambio, plantea acciones de política que permitan el dialogo entre las culturas, su permanente interacción sin excluir el conflicto, aunque si el antagonismo.

En los tiempos de Basadre no se discutía con estas categorías, pero es obvio que su propuesta de articulación de la diversidad cultural esta a medio camino, ni muy cerca ni muy lejos, de la interculturalidad. Si bien propone barrer el colonialismo interno a la vez que manifiesta la defensa y utilidad de las

⁸ Basadre, “Algunas reconsideraciones”, p. 331.

⁹ Ver José María Arguedas, *Formación de una cultura nacional indoamericana*, México: siglo XXI, 1977, p.

lenguas aborígenes para ayudar a elevar el nivel de vida, “mantener la personalidad colectiva” y favorecer la participación en el quehacer común nacional, además de otras tareas; al mismo tiempo, no quedan en claro los términos en los cuales se debería materializar la integración, es decir, si se trata de un mutuo aprendizaje o de una adquisición de lenguajes culturales en una sola dirección. No hay duda de que Basadre buscaba una nación pluralista y democrática, flexible y tolerante, que rechazaba las políticas de “construcción nacional” que asimilaban a los grupos étnicos no dominantes. Sin embargo, no hay mayores indicios del carácter intercultural de la nueva ciudadanía que iría surgiendo. ¿Cuál sería el aporte de los grupos históricos en esa nueva construcción? Este es un problema cuya solución dejo para nuestra época.